

JUSTICIA, CONCORDIA Y DIÁLOGO. UN ENFOQUE CLÁSICO*

Héctor Zagal**

¿Violencia o argumentación?

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Winston Churchill y Joseph Stalin se reunieron para resolver algunos asuntos. Se cuenta que, en su discusión, Churchill propuso: “¿Por qué no le preguntamos al Papa su opinión? la postura del Vaticano es importante”, a lo que Stalin, en su arrogancia, contestó “¿por qué? ¿cuántas divisiones de tanques militares tiene el Vaticano?”.

Los problemas son parte de la vida humana. Frente a ellos, los seres humanos tenemos dos vías posibles para mediarlos: con violencia o con argumentación. En otras palabras, o nos agarramos a golpes, o dialogamos con buenas razones.

El autor de *Los cuentos de Canterbury*, Geoffrey Chaucer, ilustra lo mismo en sus historias. En el cuento *Los Tres Ladrones*, tres jóvenes bandidos dedican su vida al saqueo y al robo hasta que un día se encuentran un tesoro. Frente a la fortuna, a los bandidos se les plantea un problema: con el fin de justificar que la riqueza les pertenecía legítimamente, tenían que demostrar que se trataba de un tesoro oculto y que no lo habían robado. Con la reputación que tenían ante su pueblo, nadie les iba a creer que simplemente se habían encontrado un tesoro. Los tres muchachos deciden pensar muy bien el asunto. Después de mucho tiempo, caen en

* Este comentario es producto de la transcripción autorizada por el autor de la Conferencia “Justicia, Concordia y Diálogo. Un Enfoque Clásico”, impartida en el marco del 3er Foro Nacional de Justicia Restaurativa, el día 31 de agosto de 2017 en el Aula Magna Mgd. Lic. Gustavo A. Barrera Graf de la Escuela Judicial del Estado de México. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=QfSRHL7SH8k>

** Doctor en Filosofía por la Universidad de Navarra (España). Maestro en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Licenciado en filosofía por la Universidad Panamericana (México). Egresado del Programa de Dirección (D1) del Instituto Panamericano de Alta Dirección de Empresa (IPADE). Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel II. Profesor investigador de la Facultad de Filosofía de la Universidad Panamericana. Actualmente es miembro de número de la Academia Iberoamericana de Comunicación y Defensa de la Lengua Española, miembro del consejo editorial de la Revista Logo de la Asociación Española de Estudios sobre Lengua, Pensamiento y Cultura Clásica.

cuenta de que necesitan comer algo. Determinan que uno de ellos irá a comprar pan y vino, mientras los otros dos se quedan cuidando el tesoro. Los dos que cuidaban el tesoro deciden que van a matar a su compañero cuando regrese de comprar víveres. Así, el tesoro lo dividirán entre dos y no entre tres. Cuando llega el tercer hombre con los víveres, los bandidos celebran. Sin embargo, dos de los bandidos se desploman en el sueño después de haber brindado. El vino estaba envenenado. Resultó que el tercer criminal había pensado exactamente lo mismo que los otros dos. ¿Argumentación o violencia?

Tenemos que tener muy claro que en estos juegos “de suma cero”, donde todos juegan a matarse, nadie gana nada. A través del diálogo, de la argumentación, es importante conseguir desmadejar estos conflictos para no terminar como un bandido del cuento de Chaucer:

En realidad, la tensión entre violencia y argumentación no es nueva. Tucídides, ya en el siglo V a.C., narra cómo los atenienses fueron a la Isla de Melos y declararon un “ultimátum” a sus habitantes: aliarse con los atenienses o morir asesinados por ellos. Los ciudadanos de Melos responden a los atenienses que no tienen derecho sobre ellos. La historia termina mal. Si bien es cierto que los ciudadanos de Melos arguyen bien a los atenienses, estos, por su parte, tenían armas y estuvieron dispuestos a usarlas para matar a los habitantes de Melos.

Quizá el reto con el que nos enfrentamos es lograr que, al final, no se trate de una lucha o de violentar al débil, sino de privilegiar una y otra vez la argumentación, de suerte que esos desacuerdos, parte de la vida humana, se vayan convirtiendo en acuerdos.

Acuerdos entre delincuentes

Los griegos observaron que el corazón mismo de la Polis, de sus ciudades, eran las divergencias y que, ante ellas, se debía dialogar para llegar a acuerdos. Incluso entre los delincuentes los acuerdos son esenciales.

Hoy por hoy, diríamos que el problema del crimen organizado es su propia naturaleza “organizada”; si el crimen fuese desorganizado sería más fácil de vencer. Los bandidos, aparentemente no los que dibuja Chaucer en su cuento, tienen claro que hay unos códigos. En efecto, resolver desacuerdos optimiza a un organismo. Si a lo largo de la historia muchas de las organizaciones criminales han caído, ha sido precisamente por luchas internas. Mientras que los desacuerdos son parte de la vida, los acuerdos vertebran su organización. Y es que, incluso para hacer el mal, necesitamos ponernos de acuerdo.

Vale la pena negociar

En el siglo IV a.C., Aristóteles escribió en su obra *La Política*, algo muy desconcertante: “el hombre es, entre los animales, el único que tiene palabra (*logos*). La voz (*phoné*) es signo del dolor y placer y se encuentra entre los demás animales...”. Y Aristóteles continúa “...Pero la palabra está para hacer patente lo provechoso y lo nocivo, lo justo y lo injusto. Y lo propio del hombre respecto a los demás animales, es que solo él tiene la percepción de lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto. Y la participación común de esta percepción es lo que constituye la ciudad y la familia” (Aristóteles, *La Política* I, I).

Lo que Aristóteles está diciendo es que, antes de negociar, antes de cualquier derecho positivo, tenemos una idea previa de lo justo y lo injusto. Antes de negociar, hay un presupuesto: “vale la pena negociar”. Es mejor enfrentarse en un tribunal, que en una guerra.

El “valor del diálogo” es el presupuesto básico de la vida en comunidad, es un presupuesto anterior al orden legal positivo. A veces pensamos que dialogar quiere decir *logos* entre dos y no es del todo cierto. Diálogo significa “a través del *logos*”, a través de la palabra. Hace falta un catalizador (un mediador) para que las partes que están en disputa, encuentren la justicia, y ese mediador es el *logos*, la palabra.

La concordia: homonoia

Otro pasaje de Aristóteles que ilustra las aristas del diálogo, se encuentra en *La Ética a Nicómaco*, Libro 9. El capítulo está dedicado a la amistad y a los distintos tipos en que ésta se presenta. Aristóteles refiere a un tipo de amistad que no es la *filia* clásica, sino la *homonoia*. No es igualdad de opinión, sino un tipo de amistad que se puede dar entre personas que no se conocen. *Homonimia* quiere decir amistad política y es previa a la ciudad misma. En otras palabras, antes de que la ciudad exista y para que funcione, debe haber una concordia entre los ciudadanos. La amistad ciudadana para Aristóteles no es conocer al otro o quererlo, sino concordar en un mínimo de parámetros: “vale la pena dialogar”. En el momento en que el parámetro se pierde, se desquebraja la asociación y el orden legal puede llegar a convertirse en una lucha ‘de suma cero’. El mínimo de concordia es imprescindible y Aristóteles afirmó incluso que esta “amistad civil” era el fundamento previo de la ciudad. La amistad ciudadana *conviene* en que nos conviene que exista un mínimo de concordia.

La concordia no surge de una coacción. Si así fuera y la coacción desapareciera, los agentes harían lo que quisieran. Esta concordia básica —pensaba Aristóteles—, tiene que provenir de una tarea de convencimiento. La fuerza y la coacción pueden apretar, pero en el momento en que desaparecen, revienta el supuesto acuerdo. De ahí, que lo importante sea que los agentes de la ciudad o de la comunidad entiendan que les conviene convenir.

Platón y Calicles

La antigua Atenas también tuvo que resolver problemas de manera civilizada. Atenas era una ciudad comercial donde la gente se prestaba dinero. No todo el mundo sabía escribir, por lo cual buena parte de los acuerdos eran orales. Atenas, en algunos puntos, era un sistema todavía primitivo. Pero, sin duda, se trataba de una ciudad comercial muy complicada. Por eso, surgió un intento de formación profesional para las personas, a través de los llamados *sofistas*. Empero, no existía todavía lo que llamaríamos derecho o juristas; ellos propiamente surgen

en Roma. En el mundo ateniense, la persona individual no tenía representación. En cambio, los individuos se presentaban ante la Asamblea personalmente para tratar sus asuntos. Esto produjo que surgieran profesores que te enseñaban a argumentar (*sofistas* o retóricos), para que pudieras hablar sobre cualquier tema y buscar tu propio beneficio en la asamblea. Los sofistas eran profesionales de la palabra. Uno de ellos, llamado Calicles, afirmaba que la retórica era la habilidad de persuasión sobre cualquier asunto y que ello representaba el máximo poder:

En realidad, lo que dice Calicles es que la *sofística* es la transfiguración de la guerra. En efecto, el altercado puede llegar a ser un tipo de violencia: no gana el que tenga la razón o el que tenga justicia, sino aquel que sabe argumentar, el que sabe persuadir, el que sabe decir y convencer más. Por eso la sofística se concebía como un ejercicio contra otro. La sofística implicaba que se tenía que ganar sobre otro y aplastarlo.

Platón, por su parte, advierte que cuando se derrota al otro, no necesariamente se soluciona el conflicto. Platón propone que se busque una verdadera solución, una terapia. En griego la palabra terapia (*therapeía*) quiere decir tanto cuidar como proteger y aquí es donde radica la importancia del diálogo.

Terapia política

En la antigua Grecia, Sócrates decía que las dos grandes terapias eran la medicina (que restaura la salud) y la gimnasia (que previene la enfermedad). Según los antiguos griegos, siguiendo a Hipócrates, la salud era el equilibrio entre cuatro sustancias, cuatro humores. Así, un hombre saludable es el que tiene sus humores en una armonía determinada. Según Sócrates, existían algunas pseudo-terapias: la cosmética, por ejemplo, es una pseudo-terapia porque en realidad no te cura, solo te embellece. La cosmética hace que te veas bonito, pero el hecho de que te veas saludable, no significa que estés saludable. Análogamente, Platón decía que la retórica y la sofística es una pseudo-terapia de la ciudad o del alma, porque no resuelven el problema, lo que sí resuelve el problema es la justicia y la verdad.

El buen médico es el que te cura y, para lograrlo, quizá tenga que decirte cosas que no te van a agradar como, por ejemplo, que debes seguir una rigurosa dieta y hacer ejercicio. El retórico y el sofista llegan a un triunfo contra el otro, pero no restauran la armonía. Al contrario, se trata simplemente de un ejercicio sofisticado de poder y el problema tiende a estallar como una olla de presión. Del mismo modo en que el médico y el gimnasta tienen que usar dietas, ejercicios y medicamentos para tener salud, igualmente se tiene que usar el diálogo para llegar a los acuerdos.

El mediador: ayuda a conocer la propia posición

En un diálogo, el punto de partida es que hay que sentarse dispuesto a dialogar. La primera labor del mediador es enseñar a cada una de las partes a que conozcan su propia posición. Y es que los seres humanos a veces no nos damos cuenta de lo que estamos pidiendo. Muchas veces, el problema por el que entramos a una discusión es que, en realidad, no sabemos lo que queremos. Es difícil que nosotros nos conozcamos a nosotros mismos. Necesitamos de un espejo.

Según Sócrates, tenía que haber un conocimiento propio para que pudiera haber un diálogo. Si no nos conocemos, somos propensos a exagerar nuestro amor propio y dejarnos llevar por la arrogancia. El mediador literalmente debe ser un terapeuta que ayuda a que cada uno de los agentes en el diálogo se conozca, se reconozcan y se auto limiten. Las discusiones son prácticas, no teóricas y, por tanto, hace falta un catalizador de emociones. Tengamos en mente que se discute sobre la justicia, sobre la renta, sobre reglas, respeto, sobre cosas en las que nos involucramos vitalmente. Las emociones van a estar presentes. No se trata de una discusión teórica sobre medicina o geometría, sino sobre asuntos que nos afectan en nuestra vida. La deliberación no quedará exenta del elemento emotivo, pero es necesario que se encuentre templado. El mediador debe buscar la restauración de la concordia, en caso de que se encuentre dañada y debe saber preservarla. La concordia no consiste en que nos amemos todos, sino en que estemos de acuerdo en que tenemos que convivir.

Espada de Damocles

Alcanzar acuerdos sin que la concordia esté presente tiene sus riesgos. Cuando una persona es derrotada, lo que va a buscar es venganza, cuando un individuo es humillado, querrá acabar con el otro. Del mismo modo, cuando una persona sabe que derrotó a otra, es muy probable que persiga la conservación de su fuerza e incluso aumentarla; no vaya a ser que el individuo derrotado se deje llevar por su resentimiento y busque recuperar lo perdido. La paz armada no es verdadera paz; se trata más bien de la espada de Damocles, siempre se lleva colgando en busca de mantener el poderío sobre el otro. La justicia restaurativa, me parece, es esencial en este punto: debe centrarse principalmente en recuperar el diálogo con su dimensión terapéutica, con el fin de estructurar un sólido orden legal.